

Sevilla se olvida de Manuel Vallejo en el cuarenta aniversario de su desaparición

Tal día como hoy de 1960 falleció el artista que ostenta la segunda llave de oro del cante

«Corazón de acero». Su llanto por bulerías era el presagio del olvido no merecido. Toda Sevilla celebró el centenario de su nacimiento, pero la muerte... El 7 de agosto de 1960 Manuel Jiménez Martínez de Pinillo —el Vallejo— se llevaba la llave de oro al otro mundo. Y pronto avisó Antonio Murciano: «Que Dios lo tenga en la gloria y el flamenco en su memoria». Mas la parroquia del cante no tiene obituario.

SEVILLA. Alberto García Reyes

Levó el grito en la seguriya —«llármame al doctor»— y la llave de oro dejó de relucir. Eran las tres y media de la tarde del 7 de agosto de 1960 en el Hospital de las Cinco Llagas. El melisma de los vientos flamencos se tiñó de negro a tan sólo unos metros de la calle Padilla. Sesenta y nueve años después de haber visto la luz un niño llamado Manuel Jiménez Martínez de Pinillo, moría un viejo conocido como Manuel Vallejo. Pero en el camino, las entrañas del cante habían sido restauradas. Sin ser gitano, Vallejo sentó algunas bases de la bulería de hoy, paró el tiempo de la seguriya, prestigió el fandango, indagó en la soleá, mitificó la granaína, acantiñó al Fleta...

Ni quiénes en su tiempo lo rechazaron por pertenecer a la clase en la que le había tocado nacer dudaban hoy la grandeza de este cantaor. Poner en entredicho su majestad en el cante sería irrisorio. Por eso, ahora que el sistema educativo andaluz contempla la difusión del flamenco en los colegios y el mercado discográfico apuesta definitivamente por él, es imprescindible que se aprovechen fechas como la de hoy para dar a conocer a una de las figuras de esta expresión cultural —sólo hay tres llaves del cante: la de Tomás el Nitri, la de Mairena y la de Vallejo—.

EL QUIOSCO DE PINTO

Sin embargo, su ciudad, que ahora vive pensando en la Bienal, está de vacaciones. Ninguna institución ha caído en la cuenta. Sólo el Centro Andaluz de Flamenco, que publicará el próximo mes de febrero la obra discográfica completa de Vallejo —un importantísimo trabajo que ya se echaba en falta— ha programado algo relativamente cercano al acontecimiento. Pero nada más.

Nació el 15 de octubre de 1891 en el número uno de la calle Padilla, en el barrio de San Marcos. Allí pasó gran parte de su infancia demostrando desde muy niño una gran afición por



Manuel Vallejo junto al gran guitarrista Ramón Montoya. A la derecha, el cantaor sevillano muestra la llave de oro



ABC

el cante. No en vano, su debú se produjo con 15 años en el quiosco de Pinto, en la Alameda, un lugar que pronto se convertiría en santuario flamenco por la congregación de artistas como Caracol, Pastora y Tomás Pavón, Manuel Torre, Niño Ricardo, Manolo de Huelva, Estaban Sanlúcar y el propio Vallejo.

Aquel día de su despegue como cantaor, Manuel fue anunciado con el nombre de «Vallejillo». Y su éxito fue tal, que de las seis pesetas por noche que cobraba en aquel lugar pasó a cifras mucho mayores en cafés tan importantes como el Novedades, donde actuaba con frecuencia. Sin embargo, el salto al Eden Con-

cert de Madrid le produjo su primer escarnio: una afonía le mantuvo cuatro años alejado de los escenarios.

Pero su recuperación vino acompañada de un auténtico ciclón de triunfos. En 1925 se hizo con la Copa Pavón que organizaba el Teatro Pavón de la calle Embajadores de Madrid. Allí compitió con cantaores de la talla de Manuel Escacena, el Cojo de Málaga y el Mochuelo, pero el presidente del jurado, nada menos que don Antonio Chacón, se declinó por el estilo de Vallejo.

Al año siguiente, volvió a la Copa Pavón pero esta vez el triunfo fue para su paisano Manuel Centeno. Pero un grupo de artistas probablemente auspiciados por Chacón, decidió darle la llave de oro. Manuel Vallejo entraba a formar parte de la biblia del flamenco. Desde ese momento, sus movimientos se contaron por éxitos y absolutamente nadie fue capaz de reprocharle nada cuando él estaba delante, a pesar de que a sus espaldas hubo muchos grupos de aficionados que no lo aceptaron.

Y ahora que él no puede defenderse cantando, Sevilla vuelve a olvidarlo. Hace 40 años que el flamenco le perdió, pero su obra sigue ahí y cualquier motivo debería ser bueno para difundirla. A ver cuando alguna institución parafrasea a Sánchez Segura: «Por eso, tras tu ausencia, escuchamos con oro tu recuerdo».

El coloso Torre le dio la llave

En 1926 se celebró la segunda edición de la Copa Pavón. La primera la había ganado Vallejo con demasiada suficiencia, pero en la nueva comparecencia, Manuel Centeno puso el listón tan alto que el jurado no tuvo más remedio que hacerle levantar la copa. Sin embargo, un grupo de cantaores presentes en el Teatro Pavón se sintió en deuda con Vallejo y pronto surgió la idea del viejo trofeo de Tomás de Vargas. En manos de El Nitri, la llave había adquirido una pátina de añejo galardón casi perpetuo e irrepetible.

Pero los años pasados desde que empuñara la llave el cantaor de Puerto Real habían tapado ya ese hueco mágico. Manuel Vallejo era, a tenor de las opiniones de aquellos artistas reunidos en Madrid, merecedor del metal dorado

que abre las puertas de la gloria del flamenco. La decisión aún sigue siendo discutida por algunos foros. Pero no hay que olvidar que fue el mismísimo Manuel Torre, —el de los «soníos» negros— quien arrancó al Nitri aquella llave que apretaba contra su muslo derecho para dársela al de la calle Padilla. Y que antes, Chacón —el Papa del cante— le había hecho merecedor de la Copa Pavón.

El gran estudioso sevillano Manuel Centeno Fernández, dejó escrita, en el centenario del cantaor, la siguiente frase: «Me llena de satisfacción la forma decisoria de otorgar la llave, porque jamás he estado de acuerdo con los concursos». Esto es, aquel salvconducto que Vallejo recibió para correr el cerrojo del flamenco fue el fruto de toda una vida.